

Libros

ANARQUISMO NO ES VIOLENCIA

Diego Abad de Santillán es uno de los viejos apóstoles del anarquismo universal que todavía vive. Su regreso a nuestro país, después del fallecimiento del general Franco y del desmontaje de su Régimen, ha coincidido con la publicación de la primera parte de sus Memorias, un libro (1) que constituye un relato apasionante que es, además, un documento de primera mano sobre el momento histórico en el que desarrolló sus actividades sindicales y políticas.

El futuro líder anarquista nació en 1897 en un pueblecito de las estribaciones de los Picos de Europa, en la provincia de León. Trabajaría desde la primera infancia y a los ocho años emigraría con su familia por motivos económicos; en 1913 regresa a España, cursa el bachillerato en León, y en 1915 ingresa en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, pero debido a su participación en la huelga general de 1917 es retenido en la Cárcel Modelo hasta la amnistía del año siguiente. En 1919 se traslada a Argentina, donde inicia su actividad en el movimiento obrero y en el periodismo libertario, pasa posteriormente a Alemania como corresponsal del diario «La Protesta», y en 1922 es uno de los fundadores de la A.I.T. (Asociación Internacional de los Trabajadores). Durante siete años más, hasta el golpe de estado del general Uriburu en 1930, reside en la Argentina, y en 1931 se traslada a España para asistir al congreso extraordinario de la CNT en Madrid y al IV Congreso de la A.I.T. Más tarde regresa a América del Sur para seguir luchando por la liberación de los presos de la dictadura. Y, una vez libres éstos, radica el año 1934 en Barcelona, donde dirige el semanario «Tierra y Libertad» y funda la revista «Tiempos Nuevos». Líder muy destacado de la CNT y de la F.A.I., durante la guerra civil forma

parte del gobierno de la Generalitat como consejero de economía. Después de los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, se aparta de toda actividad oficial, aunque ejerce con la revista «Timón» y la editorial «ETYL» una permanente crítica de la dirección política y militar de la guerra. En su libro de 1940 «Por qué perdimos la guerra» resume este amargo periodo de su beligerancia. En 1939 pasa a Francia y poco después embarca hacia la Argentina, donde reside hasta 1976, año de su retorno a España.

Como se puede comprobar, Diego Abad de Santillán ha intervenido directamente como líder obrero en muchos acontecimientos históricos. El presente libro, sus Memorias, contiene una información fundamental para conocer con detalle la actuación de las organizaciones sindicales en uno de los periodos más agitados de la historia del movimiento revolucionario internacional, el que va de comienzos de siglo hasta el inicio de la guerra civil.

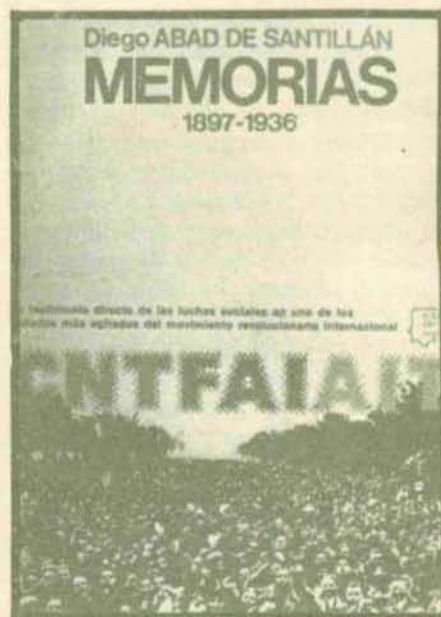
Desde sus orígenes, al anarquismo se le ha intentado asimilar una imagen de puro movimiento terrorista, de bombas, muertes violentas y sabotajes sangrientos. Esta imagen artificial e interesada ha permanecido incólume últimamente durante toda la era franquista. Sin olvidar, tampoco, la campaña y la acción en este sentido del comunismo totalitario stalinista, su otro enemigo mortal. A través de todas las páginas de este libro que se comenta, se pone de manifiesto todo lo contrario.

La actitud de Diego Abad de Santillán ante la violencia es esclarecedora. Sin necesidad de una fundamentación doctrinaria, piensa y siente que mientras exista la violencia y la opresión y la explotación del hombre por el hombre, no es sano, no es moral, no es aconsejable la pasividad, la tolerancia del mal, y más bien, cabe la exaltación de los que sacrifican su vida, su bienestar y su seguridad para allanar y suavizar el camino a los demás, a los hermanos acobardados y temerosos, vencidos sin lucha. Abad de Santillán llenó millares y millares de páginas en periódicos, revistas y libros a lo largo de buena cantidad de decenios. No se encon-

trará en toda esa montaña de papel una sola línea que aplauda la resignación ante la injusticia; pero tampoco una sola línea de exaltación de la violencia por la violencia misma.

El propio Abad de Santillán va esmaltando esporádicamente en las páginas de su libro el convencimiento de que siempre se ha sentido tan lejos de la mansedumbre obsecuente como de la protesta brutal, homicida, de la ley de la selva. Y manifiesta que ha conocido, tratado y convivido con muchos amigos que entraron en la historia como símbolo del llamado anarquismo heroico —el heroísmo contado por los que no tienen pasta de héroes—, que vengaron crímenes antisociales incalificables, y que eran por toda su formación y trayectoria esencialmente antiviolentos y hasta tolstoianos y cristianos.

En el anarquismo español, italiano, francés, alemán, americano hubo algunas explosiones de violencia, de actos individuales de represalia con muchos motivos de justificación y en algunos casos sin clara justificación. Abad de Santillán ha registrado y, en lo posible, ha tratado de justificar, de explicar, de comprender el sacrificio de la vida o de la libertad de los actores de esas manifestaciones extremas; la lista es relativamente nutrida. Lo que no hizo nunca Abad es la apología puramente lírica de esos hechos, apología contada por gentes que han sido incapaces de acercarse en nada a la abnegación y al he-



(1) «Memorias (1897-1936)», Diego Abad de Santillán. Editorial Planeta. 280 págs. Barcelona, 1977.

roismo de los admirados protagonistas. Con esas apologías literarias, poéticas, del gesto violento, se ha creado la leyenda del anarquismo terrorista, violento, que hizo posible las peores represiones gubernativas, la atribución gratuita de toda acción individual de fuerzas con las que no hubo en absoluto ningún contacto o vínculo, como en el caso de la bomba de la calle Cambios Nuevos, en Barcelona, en el curso de una procesión religiosa en 1896. Pocos, si hay algunos, de esos apologistas sistemáticos de la violencia y de los actos de terror han sido capaces de aproximarse al comportamiento que exaltaban como sacerdotes desde el púlpito de cualquier sucedáneo de una iglesia. Abad de Santillán se pregunta: ¿cuántos periódicos llamados libertarios aparecieron con el nombre de Ravachol?, ¿y cuántos de los exaltadores del ravacholismo han seguido o intentado seguir tan sólo las huellas de su héroe?

Hubo contingencias históricas en las que no cabía otra posibilidad de defensa y de supervivencia que la del ataque, como en los años del terrorismo en Cataluña en 1920-1923. ¿Qué otro recurso quedaba a los que eran objetivo de las balas mercenarias que el de adelantarse y disparar primero cuando era posible? En estos periodos en los que hubo que organizar y articular lo mejor posible la defensa contra la agresión amparada y auspiciada por los gobiernos y por las clases patronales, no cabía otro comportamiento que el de la comprensión y también el del apoyo y el aliento a los dispuestos al contraataque. Abad de Santillán señala que ha estado, entonces y siempre, lejos de convertir esas emergencias en doctrina, en dogma y en táctica permanente, porque la idea y la concepción de la revolución que propaga el anarquismo son muy distintas y contrarias a esos procedimientos. En los momentos de anormalidad manifiesta, de violencia de los de arriba, se pueden adoptar muchos procedimientos de defensa y hemos visto surgir individuos que juzgaron que debían ofrendar su vida para poner coto o castigar abusos irritantes o que creyeron que con su sacrificio los podían contener.

Diego Abad de Santillán ha residido forzosamente durante más de treinta años fuera de nuestro país, concretamente en la Argentina. De nuevo incorporado a nuestra comunidad,

de la que nunca debió salir, ha querido dejar constancia con esta primera parte de sus Memorias, de su testimonio vital y comprometido. Una vida que, indefectiblemente, forma ya parte de nuestra historia contemporánea. ■ **JOSEP CARLES CLEMENTE.**

REVITALIZACIÓN DE UN TEXTO DE FERNANDO DE LOS RÍOS

El 25 de febrero de 1911 obtiene Fernando de los Ríos la cátedra de Derecho Político en la Universidad de Granada. No era desde luego la materia preferida por el rondeño, pero sí la más cercana a la Filosofía del Derecho, verdadera inclinación intelectual de De los Ríos. Prueba de ello es la memoria que preparó para esta oposición bajo el título de «El problema de la continuidad en la política. Las fuerzas del mal y el problema de la injusticia», luego publicada por la revista «La Lectura» con dedicación a Ortega. Con la adquisición de la cátedra comienza para Fernando de los Ríos un dilatado y crucial periodo desarrollado en Granada y que redundará tanto en su vida íntima como en la pública. De los Ríos dedica su tiempo a una intensa actividad cultural dentro de la cual destaca el famoso discurso de inauguración del curso académico

1917-18 en la Universidad granadina. «La crisis actual de la democracia» fue el tema expuesto en esta disertación y hasta ahora de difícil adquisición, toda vez que sólo vio la luz en un par de ocasiones: la primera en la edición de la Universidad de Granada (1) y la segunda reunido junto a otros trabajos en el volumen denominado «Estudios jurídicos», aparecido en Buenos Aires en 1959. El presente texto es revelador no sólo por el momento en el que se escribe, sino también por ser el pilar inicial de la posterior teoría política de De los Ríos.

1917 fue año decisivo para el pensador socialista. Por un lado, la huelga revolucionaria, con su aparente triunfo de la clase trabajadora, en el fondo frustrada por un obrerismo heterogéneo e incapaz de enfrentarse con garantías de éxito a una burguesía fiel a su deseo de estatismo, y por otro, el crecimiento de la guerra europea, contemplada dentro de un agitado parlamentarismo excesivamente demagógico, harán que Fernando de los Ríos rompa de un modo clarísimo con la burguesía —tendente a un caciquismo autoritario— liberal dentro de la que había venido desenvolviendo su ámbito intelectual y político. 1917 será el año de acercamiento mayor al socialismo de partido, centrado en el PSOE. Ese anhelo de transformación queda patente ya en las palabras iniciales del discurso académico a que nos referimos: «En estos momentos de sombras pesadas, en que un velo de luto envuelve a los pueblos guías de la historia actual, y en que no hay ciertamente para esta España nuestra... motivos de alborozo, debemos incitar al pensamiento para que, elevándonos de su reino, nos liberte de la mancha de toda pequeñez y de la tribulación de toda desventura». Esta invitación a la reflexión a la que incita De los Ríos es una de las permanentes características del político socialista que, por citar un solo ejemplo, se verá plasmada en una obra tan importante como «El sentido humanista del socialismo».

La tesis democrática de De los Ríos parte de la estimación de la libertad como base para la construcción del sistema institucional democrático. El primer análisis, pues, es el del alcance de esta libertad que se triparte

(1) Edición Facsímil de la efectuada en 1917 por la Imprenta Guevara en Granada. Universidad de Granada, 1978.

